


Culturas juveniles: desvalorización y desencanto en la sociedad contemporánea

aminan entre las calles gritando en silencio, pensando, sintiendo, soñando; exteriorizando en el aire su creatividad, sus sentimientos e ideas; imaginando y sentando las bases de un mundo justo y digno de ser vivido: los jóvenes, siempre cuidando y viendo por ellos mismos; abriendo los ojos de una sociedad dormida que se niega a despertar. Deseando que la sociedad fluya de una forma diferente, se hallan suspendidos en el tiempo de los pensamientos juveniles que, aun cuando han sido definidos como utópicos por quienes creen tener en sus manos la verdad, el saber e incluso el poder, poseen el toque de la veracidad que los adultos ya no pueden rozar. Quizá el tiempo y la necesidad son los elementos que polarizan los pensamientos y denotan una diferencia universal entre el querer pensar y el tener que hacer; es, entonces, cuando el ser humano se trasmuta y se pierde.

El pensamiento humano está sujeto a constantes cambios y transformaciones, pues reposa en contextos que históricamente son presa del tiempo y del espacio; evoluciona de forma que lo elemental se cuestiona (¿qué?, ¿por qué? y ¿para qué?), lo cual da lugar a una complejidad de situaciones y fenómenos sociales que aún en la actualidad, debido a la gran variedad de vivencias poblacionales, son inexplicables. Por esta razón

emergen los estudios sociales. Desde un particular punto de vista, la heterogeneidad de la sociedad está basada en clases y estratos económicos, hábitat, preferencias religiosas, políticas y diversidad cultural; por ello, automáticamente la sociedad se divide en masas, y éstas, a su vez, en pequeños grupos heterogéneos.

Sin soslayar la idea histórica de la evolución del pensamiento social, los grupos que se han formado son emergentes de ideas contextualizadas en temporalidades que no tienen un principio ni un fin específicos; sin embargo, se ubican en

que mejor les acoge mediante una identificación o elementos particulares que congenian con lo que seguramente desean ser o son sin querer serlo, pues están sujetos a ser conducidos por el flujo social. Los valores y tradiciones que los jóvenes poseen cambian cuando éstos se dan cuenta de que su funcionalidad no es la misma que si hubieran sido inculcados en otro tiempo y en otro contexto, y tienden a ser efímeros.

Los jóvenes, quienes desempeñan diversos roles (hijo, estudiante, empleado, creyente u otros), se preocupan además por no perder la esencia de ser ellos mismos. Así, el consumo cultural de éstos cumple con características de identificación que particularmente buscan para satisfacer sus necesidades.

En el macrocosmos de los grupos sociales, las culturas juveniles, tribus urbanas o bandas juegan un papel importante, pues si bien no todos los jóvenes pertenecen a éstas, quienes encuentran rasgos y elementos identificativos no dudan en integrarse. Cabe destacar que existe una cuantiosa diversidad de culturas juveniles, las cuales basadas en el desencanto transforman sus ideas y las aterrizan en un contexto más funcional y de mayor satisfacción personal. Los jóvenes pertenecientes a estos grupos generalmente buscan la autenticidad en todos los aspectos; sin embargo, entre agrupaciones pueden coincidir en algunas formas de manifestación cultural ante la sociedad. También existen diferencias que posteriormente se detallarán, respecto a los conceptos de grupos, movimientos, identidades, tribus y culturas juveniles, pues ciertas características delimitan la pertenencia a uno u otro.

Por otra parte, la relación de estos grupos con los sistemas institucionales es casi nula, generalmente no están de acuerdo con su funcionamiento ni con las reglas que se deben seguir cuando se pertenece a alguno de éstos. El rompimiento de los valores tradicionales y su discurso impulsan a los jóvenes a experimentar nuevas formas de vida. Los discursos que se tornan

Laura Contreras Martínez, Sin título, 2008, mixta 24,7 x 17 cm.



ciertos fragmentos de tiempo, es decir, nacen poco a poco y desaparecen de la misma forma. En ese lapso, el contexto influye en la adopción de ciertas formas de vida, con un contenido de valores y tradiciones, las cuales arraigadas en una territorialidad avanzan creando sociedades estereotipadas y alternativas.

Los jóvenes, susceptibles a un mercado libre de cuantiosos pensamientos, eligen el camino

funcionales ante la sociedad contemporánea se convierten en una realidad no auténtica, como lo describe Nietzsche con una esencia nihilista en la que la verdad se convierte en fábula (Vattimo, 2000). Se apuesta por el surgimiento de nuevas culturas juveniles basadas en el desencanto social y en la devaluación de los valores tradicionales, y enraizadas en el fin de la modernidad y en la supremacía de lo efímero: "La dimensión expresiva de las culturas juveniles no se reduce al comportamiento más o menos alocado de unos 'no niños, no adultos', en sus prácticas y lecturas del mundo radican pistas claves para descifrar las posibles configuraciones que asuma la sociedad" (Reguillo, 1998: 12-31).

La sociedad actual está experimentando nuevos momentos culturales, sociales y artísticos inclusive, donde las formas de expresión son más libres y auténticas. Los jóvenes tienen sed de palabras reales y acciones palpables; son los principales representantes de una vida alternativa, en la que se buscan el bien común y el ejercicio de los ideales. La cohesión de sus pensamientos y el resurgimiento de ideas han impulsado el que los objetivos de los grupos juveniles anulen la presencia de la violencia y la transgresión, para dar paso a la voz sutil del arte, que como medio de expresión emite un mensaje cuyo significado lleva implícito el descontento y el desencanto por los valores tradicionales, manifiesta la inconformidad social y sistémica, y crea conciencia ante una sociedad que no quiere darse cuenta de que la dimensión en que se vive en la actualidad está constituida por otro tipo de valores y necesidades, y que definitivamente no se podrá avanzar si se continúa en un círculo estático y superficial.

Lo mencionado no intenta aseverar que todas las subculturas estén exentas de la práctica de la violencia. Las bandas y las tribus urbanas, agrupaciones generalmente de clase social baja que emergen en zonas con índices de pobreza preocupantes, delinquen muy a menudo y transgreden la poca tranquilidad de las grandes

urbes o, bien, de las zonas urbanizadas; por esta razón, en la actualidad, se ha destacado la violencia entre subgrupos, como es el caso de los Emos. Un ejemplo de lo anterior es el caso del "Boinas", quien formaba parte de una banda llamada Los Boxers, la cual en acuerdo con Los Panchitos dedicaba su vida a robar, asistir a *toquines* y ejercer la violencia contra bandas de otras colonias colindantes con la suya, Santa Fe:

Nacido en una colonia enclavada en una barranca, el "Boinas" desde los 12 años



Laura Contreras Martínez, Sin título, 2007, mixta, 25 x 17.3 cm.

es integrante de una banda caracterizada por la violencia, el robo y las drogas. Es el último de ocho hermanos; hijo de una vendedora ambulante de verduras y de un padre que nunca conoció. Los últimos cinco años de su vida han estado marcados por el peligro de morir intoxicado por alguna droga, ser asesinado en una bronca o ser

detenido —cosa que ya le ha pasado— por la policía. El “Boinas” —17 años— es un claro ejemplo de cómo una sociedad enferma y caótica promueve conductas antisociales en los jóvenes marginados.

(García Robles, 1990: 11)

Los jóvenes son los actores “mejor dotados” para asumir la irreversibilidad de los cambios operados por elementos de mundialización, desarrollo tecnológico, la internacionalización y el conocimiento de la sociedad, entre otros (Cfr. Reguillo, 1998). Para comprender la definición de ‘culturas juveniles’ es preciso definir primero el término ‘jóvenes’, quienes pueden ser ubicados por su ideología generalmente anti sistémica y utópica:

Los jóvenes en tanto sujetos empíricos no constituyen un sujeto mono-pasional, que pueda ser “etiquetable” simplistamente como un todo homogéneo; estamos ante una heterogeneidad de actores —que se constituyen en el curso de su propia acción—, y de prácticas que se agrupan y se desagrupan en microdisidencias comunitarias en las que caben distintas formas de respuesta y actitudes.

(Reguillo, 1998: 12-31)

Los grupos juveniles han tomado como bandera diversos iconos y causas a través de la historia, que adoptan como forma de identificación: la ecología, la libertad sexual, la paz, los derechos humanos, la defensa de las tradiciones, los indígenas, la defensa de las tierras, la expansión de la conciencia, la libertad de expresión, entre otros; éstos, a su vez, se convierten en elementos significativos de identidad para algunos de ellos. Otros grupos gozan de su individualismo y viven en una sociedad mercantil y de gozo consumista. Y existen otros cuya única opción son los desechables, para quienes la muerte se convierte en una experiencia más fuerte que la vida (Bourdieu, 1990, citado por Reguillo, 1998).

Pese a las diferencias debidas a la situación y la ubicación social de cada grupo de jóvenes,

todos parecen compartir una idea del futuro y experimentar la vida en tiempo discontinuo. A pesar de esto y sin dejar a un lado las generalizaciones, pensar que el mundo se está moviendo hacia formas culturales *prefigurativas* posibilita analizar las culturas juveniles como nuevos grupos sociopolíticos que están construyendo referentes simbólicos diferentes de los del mundo del adulto. “Por razones del propio enfoque, para conceptualizar la agregación juvenil, se ha recurrido a categorías como ‘identidades juveniles’; y las más de las veces, sobre todo durante la primera mitad de la década de los ochenta, en el caso de México, se utilizó el término ‘banda’ como ‘categoría’ para nombrar el modo particular de estar juntos de los jóvenes populares urbanos” (Reguillo, 2000: 40).

Muchas veces los jóvenes no saben qué quieren, pero sí qué no quieren; aquí es donde el tema se torna interesante, pues ello da lugar a los procesos de interacción juvenil y a estructuras de identidad, que muchas veces están determinados también por tradición, milenarismo y tecnología. Un ejemplo de lo anterior ocurre en 1994 a partir del levantamiento zapatista en Chiapas, que hizo notorias la presencia del indígena en la nación y la lucha de estos pueblos, para el conjunto de la sociedad mexicana. Muchos jóvenes de diferentes estratos sociales, en particular el sector de las clase media universitaria, han encontrado en la causa indígena elementos para reafirmar sus identidades, para ejercitar la solidaridad y “estrenar” su ciudadanía (Cfr. Reguillo, 1998). Ello es explicable porque en el México de fin de siglo, la crisis y el desgaste de la escena política formal habían mantenido al margen —con sus excepciones— a los jóvenes desde el 68, quienes ahora en las luchas indígenas encuentran valores, discursos y emblemas que los reconcilian con el espacio público; ello no puede atribuirse exclusivamente —aunque tenga un peso decisivo— a la estrategia comunicativa del zapatismo y de su líder, el subcomandante Marcos, quien ha logrado interpretar a los jóvenes

mediante un discurso pleno de formas, imágenes y posibilidades de inclusión, y que incluso ha considerado la cultura musical de la juventud contemporánea.

“Son tres las condiciones constitutivas centrales desde las que se ha configurado y clasificado socialmente al sujeto juvenil en el mundo contemporáneo: los dispositivos sociales de socialización —capacitación de la fuerza de trabajo, el discurso jurídico y la llamada industria cultural” (Reguillo, 2000: 50). Es preciso tomar en cuenta también que la generalización provoca el quiebre de los modos de transmisión de los conocimientos y valores de una sociedad, pues la información se distorsiona y los jóvenes de hoy no adquieren el mismo conocimiento que los jóvenes de años pasados. Sin embargo, tienen la convicción de crear y reinventar una realidad en la que se sienten cómodos y libres, al poner en práctica y hacer uso de todo aquello que les mueve e impulsa a manifestar lo que son, sin obligar al resto de la sociedad a que lo haga a su manera. Simplemente en la transformación de un “no niño o no adulto” —como menciona Rossana Reguillo— existe un proceso en el individuo donde comienza a adoptar aspectos de la realidad social, lo cual le distingue y le resalta de los demás; eventualmente se va dando cuenta de que existen otros jóvenes con quienes se identifica, y es cuando adopta su ideología como una forma de vida.

En un contexto con fuertes tendencias homogeneizadoras y en una sociedad que ha ido suprimiendo los ritos de pasaje de iniciación, pero que exacerba la diferenciación y segmentación entre los grupos de edad, a través del sistema productivo y de las fuerzas del mercado, y de manera particular, a partir de una crisis en las “Instituciones intermedias” incapaces por distintos motivos de ofrecer certidumbres a los actores sociales, las culturas juveniles han encontrado en sus colectivos elementos que les permite compensar este déficit

simbólico, generando diversas estrategias de reconocimiento y afirmación entre las que se destaca el uso de objetos, marcas y lenguajes particulares. (Reguillo, 2000: 99)

Dada esta circunstancia, se debe denotar que cuando un individuo se siente identificado y se integra al grupo de seres como él deja a un lado al resto de la sociedad, lo que provoca un rompimiento de estereotipos y esquemas ya establecidos: “la relación de pertenencia del individuo al grupo es intensa, globalizadora, y aporta un sentido existencial. Todas sus maniobras y actuaciones parecen estar dirigidas y justificadas en función de esa pertenencia” (Soriano, 2001: 140). Los grupos juveniles se caracterizan por su sentido de pertenencia, generado a partir de una ideología *antisistémica* dominante, el consumo de drogas, la apropiación de un lugar o territorio (en caso de las llamadas bandas), sus ideas innovadoras, creativas y, por supuesto, la creación de un arte conceptual nada elegante que les identifica. De esta forma “surge lo tribal como reacción y compensación ante la fragilidad de la cohesión procurada por la compleja sociedad actual” (Pérez Tornero, 1996: 12).

Difícilmente una sociedad urbana se puede cohesionar, pues existen diversos factores espaciales (territoriales), temporales e ideológicos que deshabilitan las relaciones masivas, si es que éstas existen, pues las ciudades se caracterizan principalmente por ser extensas y numerosas. Por tanto, la gran sociedad se subdivide en pequeños grupos de individuos que se identifican y pueden, así, generar una mejor comunicación, como es el caso de las culturas juveniles o también llamadas tribus urbanas. Hablando en términos sociológicos y con base en lo dicho, “el culturalismo considera más relevantes los aspectos ideales” (Gomezjara, 1989: 87). Generalmente el ser integrante de una cultura juvenil se plasma en una realidad, pues las ideas que generalmente son consideradas como locas por otros miembros de la sociedad se ven reflejadas en el comportamiento y la

convivencia generados en estos grupos, ya que la ideología es un factor unificador en la integración de un grupo social (con base en las formaciones históricas temporales, como se señaló).

Otros factores ideológicos que influyen en la integración de culturas juveniles son los políticos y religiosos, pues éstos pueden ser considerados una tendencia ideal a la que la juventud se integra o, bien, temas ante los que no se interesa o se abstiene de participar por concebir la realidad desde otro punto de vista (aquél donde los sistemas son represores, abstractos, manipuladores, chantajistas, generalmente capitalistas, corruptos, mentirosos y demás adjetivos que para los jóvenes podrían ser interminables); sin embargo, y sin otra opción, al crecer la mayoría termina formando parte de ellos, pues basa su vida sólo en tener casa, familia, coche y un trabajo de oficina, y asume que lo correcto es ir de traje y corbata, ser esclavo desde las 9 de la mañana hasta las 10 de la noche y vivir con estrés permanente por el trabajo, sin desayunar y medio comer. El joven le tiene miedo a este estereotipo descrito, pues ganar mucho dinero significa venderse al sistema. Además, también está convencido de que "los valores éticos y morales que están en curso no sirven para desenvolverse en la sociedad que algunos llaman postmoderna" (Soriano, 2001: 49);



pero que necesita reconocer la existencia de otros, que sí adopta, para continuar adelante con su vida y orientarla.

Los grupos sociales son impredecibles y no tienen una fecha exacta de formación o gestación, pues la integración se va dando poco a poco y atemporalmente; sin embargo, algunos investigadores sobre culturas juveniles, como Rossana Reguillo, Pere-Oriol Costa, José Manuel Pérez Tornero, entre otros ya referidos, han determinado fechas aproximadas de la aparición de las culturas juveniles. Estos movimientos surgen en países europeos: sus raíces se concentran generalmente en Inglaterra, Francia y España; pero se difunden y expanden hasta otros continentes, donde los jóvenes los interpretan y se unen a ellos. Ahora bien, se sabe que estos grupos culturales han hecho presencia desde los

años cuarenta en el mundo, predominantemente en el sector juvenil.

Reguillo (2000) plantea cuatro conceptos clave de agregación e interacción juvenil. 1) *Grupo*: hace referencia a la reunión de varios jóvenes que no supone organicidad, y cuyo sentido está dado por las condiciones del espacio y del tiempo. 2) *Colectivo*: refiere la reunión de varios jóvenes que exige cierta organicidad, y cuyo sentido prioritariamente está dado por un proyecto o actividad

Laura Contreras Martínez, Sin título, 2007, mixta, 25 x 17,3 cm.

compartida; sus miembros pueden o no compartir una adscripción *identitaria* (cosa poco frecuente). 3) *Movimiento juvenil*: supone la presencia de un conflicto y de un objeto social en disputa que convoca a los actores juveniles en el espacio público; es de carácter táctico y puede implicar la alianza de colectividades o grupos. 4) *Identidades juveniles*: nombra de manera genérica la adscripción a una propuesta identitaria (*punks, taggers, skinheads, rockers, góticos metaleros, okupas*, etcétera).

Además de las diferencias mencionadas, el tribalismo de la sociedad contemporánea también cuenta con características que lo diferencian de los demás subgrupos sociales. Los rasgos básicos del *neotribalismo* emergente se mencionan a continuación. *Comunidades emocionales*: se fundamentan en la comunión de emociones intensas, a veces efímeras y sujetas a la moda. *Energía subterránea*: se opone un frente fragmentado de resistencia y prácticas alternativas; una energía subterránea que sólo pide canales de expresión y se adueña, golosa, de las ocasiones más propicias. *Sociabilidad dispersa*: en la contemporánea sociedad de masas, el principal interés del individuo (interés frecuentemente estimulado por el poder) ha sido, y en gran medida continúa siendo, estar enterado sobre lo social mediático, a partir de una idea de



individualidad que es como búnker con antenas. *Fisicidad de la experiencia*: las historias personales, en esta sociedad generalmente caracterizada por un entorno urbano que marca las pautas de comportamiento (la temporada, la liturgia, etcétera), dependen cada vez más de la constitución física de los lugares (Cfr. Maffesoli, citado en Costa *et al.*, 1996). Estas características *neotribales* denotan, de manera sustancial y concreta, la diferencia existente entre subgrupos en el espectro juvenil de

nuestra sociedad.

Empleando el lenguaje más auténtico del chavo banda, un miembro de los Sex Greñas y de Madness, dos bandas de una colonia al poniente de la ciudad de México, nos descubre cómo los jóvenes que menos tienen y más marginados están quebrantan la Ley y se autodestruyen en las entrañas del gigantesco y caótico Distrito Federal. El joven de este relato, de escasos 17 años, ha encauzado [*sic*] su vida a la transgresión absoluta de todas las normas y convencionalismos de nuestra sociedad. Su mayor deseo es la eliminación de toda ley. (García Robles, 1990).

Hablar de desencanto engloba un conjunto de pensamientos *antisistémicos*, del que son víctimas los jóvenes cotidianamente. Instituciones sociales, políticas e incluso religiosas son los

principales actores en este pensamiento, pues no logran satisfacer las necesidades de los jóvenes al no ofrecer lo que actualmente tienen y son como institución.

Actualmente, uno de los hechos de mayor trascendencia para las ciencias sociales es el desencantamiento hacia la política. Es obvio mencionar que ésta ya no mueve pasiones; ya la controversia peronistas-antiperonistas se ve tan lejana que pareciera carecer de sentido. Se habla de la caída de los grandes relatos (como si la historia fuera un cuento), y en el supermercado se puede encontrar todo lo que se busca. En el clima político actual se evidencia un proceso de desencanto. Es notorio el desencanto de las izquierdas; éstas ya no creen en el socialismo como meta predeterminada ni en la clase obrera como sujeto revolucionario, y aborrecen una visión omnicomprendiva de la realidad.

El pensamiento posmoderno puede aparecer como un lujo exótico; pero, cuando la dependencia estructural de nuestro país está fuertemente agudizada por el problema de la deuda externa, este pensamiento se pone en duda y comienza la emergencia de los cuestionamientos sobre lo posmoderno, que generalmente indica el abandono a lo anticuado y a lo cotidiano; sin embargo, existe infinidad de gente que aún se halla en el estado moderno e incluso otros que todavía no llegan siquiera a eso.

El cumplimiento de la modernización se refiere a la realización de la *última etapa* de la modernidad, y a la secularización y la *tecnologización* que le serían inherentes, según la idea implícita de que hay *una* modernidad; a imponer ciertas normas "universales" de la racionalización hasta sus últimas consecuencias en lo económico, tecnológico, político y cultural. Por tanto, la modernización no pretende la *entrada a la modernidad*, sino el cumplimiento de sus posibilidades máximas, el impulso para la realización de tales posibilidades en sociedades donde no se han dado, y donde hay evidentes obstáculos para ello.

Una primera dimensión del desencanto posmoderno es la pérdida de fe en la existencia de una teoría que posea la clave para entender el proceso social en su totalidad. Nuestra época se caracteriza por un recelo frente a todo tipo de metadiscurso omnicomprendivo. Esta desconfianza nace de una intención totalitaria; de homogeneizar lo que es extremadamente heterogéneo. "En Nietzsche, como se sabe, Dios muere en la medida en la que el saber ya no tiene necesidad de llegar a las causas últimas, en la que el hombre no necesita ya creerse con un alma inmortal." (Vattimo, 2000).

Las pequeñas colectividades heterogéneas permiten un pensamiento alternativo y *antisistémico*, del cual se hacen merecedoras desde el punto de vista en que los jóvenes son víctimas del desencanto social, cultural, religioso y político:

Soy anarquista, soy neonazista,
soy un esquinjed y soy ecologista.
Soy peronista, soy terrorista, capitalista
y también soy pacifista.

Soy activista, sindicalista, soy agresivo y
muy alternativo.
Soy deportista, del Rotarac, politeísta
y también soy buen cristiano.

Y en las tocadas la neta es el *eslam*,
pero en mi casa sí le meto al tropical.

.

Me gusta tirar piedras, me gusta recogerlas,
me gusta ir a pintar bardas y después ir a
lavarlas.

(Café Tacuba, "El borrego")

La modernidad era concebida como una tensión entre diferenciación y unificación en un proceso histórico que tiende a una armonía final. En la actualidad, ha desaparecido el optimismo iluminista acerca de la convergencia de la ciencia, la moral y el arte para lograr el control de las fuerzas naturales, el progreso social. La reconciliación de lo bueno, lo verdadero y lo bello

aparece como una ilusión de la modernidad. El desencantamiento respecto a esa ilusión sería la posmodernidad: la diferenciación de las distintas racionalidades es concebida como un rompimiento social. Esta ruptura con la modernidad consistiría en rechazar la referencia a la totalidad. El desencanto siempre tiene dos caras: la pérdida de una ilusión y, por lo mismo, una *resignificación* de la realidad. La dimensión constructiva del desencanto actual radica en el elogio a la heterogeneidad.

En el concepto de modernización, la modernidad ha quedado reducida al despliegue de la racionalidad formal. El proceso social es pensado exclusivamente desde el punto de vista de la funcionalidad de los elementos para el equilibrio del sistema. El desencanto actual se refiere a la modernización y, en particular, a un estilo gerencial-tecnocrático de hacer política. Se podría decir que el desencanto emergente es efecto más del proceso de modernización que de la modernidad misma. La liberación del hombre a través de la razón, de la técnica, ha terminado convirtiéndose en lo opuesto. Lo que se cuestiona es la pretensión de hacer de la racionalidad formal el principio de totalidad; esto sería una ilusión, ya que el *rompimiento de los lazos sociales* es un hecho y la atomización impide la formación de criterios que puedan sustentar la formación de un nuevo todo social homogéneo.

A pesar de la visión mencionada, en la actualidad los jóvenes conciben la idea posmoderna desde una visión artística y cultural. Están convencidos completamente de que en unos años habrá un enfrentamiento social, un fenómeno cuyo objetivo principal sea el arte; algunos le llaman la revolución del arte. Esta idea, de una u otra forma, se ha difundido con el tiempo entre los jóvenes con propósitos alternativos y *antisistémicos*. Cabe destacar que en esta revolución, basada en el desencanto social, el objetivo no es la sangre, tampoco las armas, sino la libertad de expresión y de creación absoluta que le permita al ser humano exteriorizar

sus sentimientos. Por ello, las culturas juveniles se interesan cada vez más en la lectura y en otros ámbitos que les permiten expandir su visión ante las circunstancias contextuales en que se encuentran; forman criterios propios que comparten entre sí, y llegan incluso a la crítica social y política.

Si bien es cierto que "la juventud no es más que una palabra", una categoría construida, no debe olvidarse que las categorías no son neutras, ni aluden a esencias; son productivas, hacen cosas, dan cuenta de la manera en que diversas sociedades perciben y valoran el mundo y, con ello, a ciertos actores sociales. Las categorías, como sistema de clasificación social, son también y, fundamentalmente, productos del acuerdo social y productoras del mundo. (Reguillo, 2000: 29)

El realismo tiene una afinidad con la cultura posmoderna: ambos rechazan las grandes gestas y exploran lo político en la vida cotidiana. Así, la cultura posmoderna alimenta un realismo político en tanto prepara una nueva sensibilidad sobre lo posible. El abandono de las grandes gestas puede conseguir que la política mire lo cotidiano, lo micro. Soluciones efectivas de problemas cotidianos ante los que parece no responder. Sin embargo, la decisión no es tan sencilla. Tras esta posición no se evidencia una noción de política como construcción de futuro.

Renuncia a una idea de emancipación. Aparentemente la cultura posmoderna se libera de ilusiones, o tal vez realmente pierde capacidad para elaborar un horizonte de sentido. La posmodernidad presume un agotamiento de la secularización. La capacidad innovadora de la sociedad se podría extender y acelerar hasta automatizar el progreso y, finalmente, vaciarlo de contenido. "Desde el punto de vista de el Nihilismo—y ciertamente con una generalización que puede parecer exagerada— parece que la cultura del siglo XX asistió a la extinción de todo proyecto de 'reapropiación' [sic]."

Las diversas corrientes del movimiento posmoderno aparecieron durante la segunda mitad del siglo XX; todas comparten la idea de que el proyecto modernista fracasó en su intento de renovación radical de las formas tradicionales del arte, la cultura, el pensamiento y la vida social. Por esta razón, los jóvenes comienzan a formar parte de la llamada posmodernidad, pues, por la pureza de su pensamiento, por su creatividad activa de manera significativa y por su forma de ser, su participación en el arte aumenta en el grado en que cada uno halla una justificación para la expresión que emerge de sus sentimientos.

Las colectividades que encuentran un punto de identificación en el arte (por ejemplo, los *performancers*, quienes en sus representaciones cohesionan diversas formas de expresión, como música, arte dramático, equilibrismo e incluso malabarismo) muestran en la calle su máxima expresión ante lo bello y lo estético. "Un hecho decisivo en el paso de la explosión de lo estético, tal como se da en las vanguardias históricas [que conciben la muerte del arte como supresión de los límites de lo estético en la dirección de una dimensión metafísica o histórico-política de la obra] a la explosión tal como se verifica en las neovanguardias es el impacto de la técnica." (Cfr. Vattimo, 2000)

Las culturas juveniles surgidas a partir del rompimiento de los valores establecidos por tradición durante años se han quebrado poco a poco, y han dado lugar a la experimentación de nuevas formas de vida y de expresión social. Los

jóvenes han ganado un lugar en el discurso de lo cultural, han levantado la voz por su integración, su moda, su territorialidad y su esencia. El joven como futuro agente social desprende las viejas formas de pensar que en la actualidad no son funcionales, y establece nuevos valores que por esencia son funcionales tanto para sí mismos como para la sociedad. Los nuevos valores son la base de la formación de nuevos grupos y culturas juveniles. □

BIBLIOGRAFÍA

- Costa, Pere-Oriol, José Manuel Pérez Tornero y Fabio Tropea (1996), *Tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*, Madrid, Paidós.
- García Robles, Jorge (1990), *¿Qué transa con las bandas?*, México, Posada.
- Gomezjara, Francisco (1989), *Sociología*, México, Porrúa.
- Pérez Tornero, José Manuel (1996), en Pere-Oriol Costa *et al.*, *Tribus urbanas. El ansia de la identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*, Madrid, Paidós.
- Reguillo, Rossana (1998), "Culturas juveniles. Producir la identidad: un mapa de interacciones", *JOVENes, revista de estudios sobre juventud*, México, Causa Joven, año 2, cuarta época, núm. 5, julio-diciembre, pp. 12-31.
- _____ (2000), *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Bogotá, Norma.
- Soriano Díaz, Andrés (2001), "Microculturas juveniles: las tribus urbanas como fenómeno emergente", *JOVENes, revista de estudios sobre juventud*, México, Instituto Mexicano de la Juventud, Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud, año 5, nueva época, núm. 15, septiembre-diciembre, pp. 134-149.
- Vattimo, Gianni (2000), *El fin de la modernidad, nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, España, Gedisa.